

EL DETECTIVE  
QUE TENÍA  
MARIPOSAS  
EN EL  
ESTÓMAGO



ALFREDO ÁLAMO

BIZARRO

En *El Detective que tenía mariposas en el estómago*, Alfredo Álamo construye un relato en el que un antiguo escritor de literatura juvenil que cree estar muerto y una enana de gustos particulares muy parecida a Amy Winehouse, emprenden juntos una búsqueda desesperada y valiente que llevará a los protagonistas a enfrentarse con *furries*, amantes de la automutilación y a un librero psicópata. Además, una joven editora tratará de recuperar el último manuscrito que sería capaz de salvar su carrera, aunque tenga que matar para conseguirlo.

Una novela que atrapa, llena de locura y acción, que emocionará por su estilo surrealista y que sorprenderá al lector por la espiral decadente de una trama única.

Contiene extractos de los libros superventas *Todas las pequeñas cosas que caben en tu mano* y *Vete a la mierda: El libro para la gente que no es feliz ni falta que le hace*.

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El detective que tenía mariposas en el estómago](#)

[I. Cabeza de perro](#)

[La historia más triste del mundo](#)

[I. El cumpleaños](#)

[II. María Winehouse de todos los Santos ruega por nosotros](#)

[Interludio. Sentada y borracha en un piso de mierda](#)

[La historia más triste del mundo](#)

[IV. La quimio y los caramelos](#)

[Interludio II. Más borracha en un piso de mierda](#)

[III. La fiesta de las fursonas](#)

[El Doctor Fausto y su máquina de amputar. Tragicomedia](#)

[Dramatis personae](#)

[Escena primera](#)

[Escena segunda](#)

[Escena tercera](#)

[IV. A María le gustan los juguetes rotos](#)

[La historia más triste del mundo](#)

[VIII. No quiero llevar pañuelos](#)

[Interludio III. La muerte y la doncella](#)

[La ciudad de los amputados felices](#)

[V. Doctor Fausto](#)

Todas las pequeñas cosas que caben en tu mano

Tu espalda

Recuerdos

La playa

Diez días

La ley

Abrazos

Volviste

El amor

VI. La librería de misteriosa trastienda

VII. Siguiendo a Miguel Camps

La historia más triste del mundo

XII. Besos de despedida

Interludio IV. Castillo de naipes

Vete a la mierda. El libro para la gente que no es feliz. Ni falta que le hace

1. La gente

2. La creatividad

3. Inspiración

4. El móvil

La historia más triste del mundo

XIX. Se acabó la fiesta

VIII. Ceniceros pegados al tapete

Interludio V. De cacería

La historia más triste del mundo

- [XXV. No dejaré que desaparezcas](#)  
[IX. Ted Bundy conducía un Escarabajo](#)  
[Interludio VI. La descarnada verdad](#)  
[La historia más triste del mundo](#)  
[XXX. La casa de muñecas](#)  
[X. ¿Cuál es tu placer?](#)  
[Interludio VII. De vuelta al principio](#)  
[XI. Canales y tumbas](#)  
[XII. Miguel y Petiot](#)  
[Interludio VIII. Oscuridad](#)  
[XIII. Grand Guignol](#)  
[XIV. Parálisis Permanente](#)  
[Apéndice. ¿Qué es el bizarro?](#)

El autor propone una banda sonora para leer esta novela a la que podrás acceder a través del siguiente enlace:

### **Lista de Spotify**

Los gusanos no se volverán moscas  
dentro de ti.

*Papiro Gizeh n.º 18026:4:14*

## I

**Cabeza de perro**

Cuando salgo a trabajar, me convierto en un perro. No en uno de esos perros de presa rottweilers hijos de puta de cabeza grande, sino en un collie pulgoso y renqueante, de los que antes no hacían más que dar saltitos y ahora solo se arrastran tras su dueño mientras procuran no cagarse encima. Soy un collie algo mejorable, pero mantengo el olfato, sigo el rastro que toca, espío, aguardo, doy vueltas a la manzana en un Ford Fiesta con el techo oxidado y sin aire acondicionado que huele a perro mojado; soy un collie viejo y apagado, pero me basta para hacer mi trabajo, husmear bragas y divorcios mal paridos, y joder a algún que otro estafador chapucero. Lo peor viene cuando no trabajo, claro, cuando me convierto en humano; un humano muerto por dentro de rostro intermitente y cerebro pastoso; humano por decir algo, cadáver ambulante de sonrisa mellada, nosferatu de la puerta 20 cuarto piso a la derecha, no hay portería, es la del cartel de investigador privado, sí, todavía existen; no, a la putilla con la que su marido le pone los cuernos no la va a encontrar en Google.

Me he convertido en un hombre aborrecible. No dejo propina, no me ducho todos los días, no me gustan los niños, no sigo el fútbol; fumo, bebo, digo palabrotas. Si alguna vez tuve amigos, me han abandonado por cabrón, por no tener la boca cerrada, por ser el último pesado en

vomitarse en la fiesta, por no pagar el gramito, por llamar a las cinco de la mañana incapaz de articular palabra. Pienso en eso mientras apago un cigarro en la flor de colillas que tengo encima de la mesa y trato de buscarle hermosura a su evidente fealdad. Como persona soy eso, una colilla. Me quedan un par de caladas, pero no pasaría nada si acabo en el suelo para siempre.

Llaman a la puerta. Si me conocierais algo mejor, sabríais que es un acto poco frecuente. La mayoría de las veces me llaman por teléfono o me mandan un correo electrónico para contratarme. Trato de evitar llevar clientes a casa, a la caverna, a mi guarida, donde no es que huelga a perro mojado, sino que el hedor a muerte, a mi muerte, resulta repulsivo, solo amortiguado por la peste a tabaco negro, del que me considero último consumidor de mi generación. Tengo un pulsador para abrir la puerta, que da directamente al despacho. Aprieto, y un zumbido desbloquea la puerta. Al otro lado no tienen prisa en entrar, así que enciendo otro cigarro mientras me reclino en la silla, al más puro estilo de los detectives americanos. Entonces me doy cuenta de que voy en calzoncillos. Mis pantalones están en el suelo, junto a la papelera. Me incorporo. La puerta se abre.

Me gustaría contaros que sé qué aspecto tiene, pero la mayoría de las veces, cuando soy humano y no un collie, soy incapaz de distinguir las caras de la gente. Se emborronan, como formas en un espejo empañado. Lo que sí os puedo decir es que es una mujer de metro sesenta con tacones y un traje de dos piezas rojo. Elegante, pero no caro. De oficina. Me siento, tratando de esconder mis calzoncillos sucios.

–Eres un hijoputa desgraciado –dice–. Quiero que me devuelvas el dinero.

–Ha acertado dos de tres, señora. Ahora, váyase a tomar por culo.

–No me iré hasta que me lo des.

No me considero una persona violenta, pero de un tiempo a esta parte tengo muy poco aguante con los gilipollas. Trato de hacer memoria por si tengo algún encargo pendiente, pero no es así. Casi no he conseguido pasta para llegar a fin de mes, como para dejar un caso a medias.

—Está bien, señora. Jugaré. ¿De qué dinero estamos hablando?

—El adelanto por tu novela. ¿Ya no me reconoces? Soy Laura. Laura Agreste. ¿Se puede saber qué te pasa?

¿Nunca habéis escrito un libro? Deberíais intentarlo, es un trabajo minucioso y fantástico para superar vuestras inseguridades. Antes, cuando no era un collie ni un cadáver, escribí un librito maravilloso con el que recorrí cientos de pequeñas librerías, maleta en mano, vendiendo mi propia edición. Se titulaba *Todas las pequeñas cosas que caben en tu mano*. Tenía sentimientos, tenía personajes reales, tenía amor, tenía tristeza y también melancolía. Ninguna editorial quiso publicarla, pero eso es porque nadie lee en las editoriales hoy en día. Un amigo me dijo que escribía demasiado bien como para que me publicaran. Por eso puse la pasta y lo publiqué yo mismo. Al poco tiempo salí en la radio local. Di cursos de escritura creativa dos veces a la semana. Participé en un club del libro que organizó una biblioteca. Incluso logré que la publicaran en una editorial de verdad. Era un escritor. Estaba entusiasmado. Fue entonces cuando comencé una segunda obra. Mucho mejor que la primera. Más arriesgada. Con más sentimientos. Más personajes. Intensidad. Emoción de la que sale de dentro. Pero esta vez quería lograr que alguien la publicara desde un principio. Así que tiré de contactos. Hablé con gente que conocía a gente. Una editorial, tan prestigiosa como pequeña, vino a verme. Hablamos y decidieron que la historia les interesaba. Hasta me pagaron un adelanto por la tirada. Dinero contante y sonante que desapareció tan deprisa como había aparecido. ¿Cuánto hacía de eso?

Pensar en el libro era pensar en un mundo diferente, una realidad alternativa, un yo alienado y constante.

–Hace un año que venció el plazo de entrega. ¿Dónde está el libro? No contestas al correo y tienes el móvil desconectado. ¿Te crees que todo esto es un juego? ¿Sabías que Mario ha muerto?

Lanzo una mirada rápida a la esquina del despacho. Una máquina de escribir Olivetti portátil se aguanta a duras penas sobre decenas de páginas mecanografiadas y llenas de tachones. Podría haber escrito en el ordenador, o incluso a mano, pero mi yo del pasado era un poco imbécil; le gustaba el toque nostálgico implícito en usar una máquina de escribir. Me imaginé usando un rollo de papel continuo, como hacía Kerouac. Sí, eso me habría gustado mucho.

–¿Es esa mierda? –dice la mujer, siguiendo mi mirada–. ¿Está terminada?

No, claro que no estaba terminada, ¿cómo iba a estar terminada? Era la obra de una vida que ya no existía, era el colofón a una carrera inexistente, una oda a las novelas de sentimientos, el libro que iba a vender millones de ejemplares, que iba a convertirme en una persona real. Niego con la cabeza. Era un sueño que poco a poco se fue transformando en pesadilla.

–No. No está terminada. Falta revisarla. Es solo la primera escritura.

–¿Y el dinero?

–Me lo gasté.

La mujer asiente, como si comprendiera. Puede que acepte esta derrota.

–Mario, tu editor, mi marido, murió hace seis meses. Todo lo que me dejó fue una editorial en ruinas. Me ha llevado mucho tiempo descubrir adónde se fue todo nuestro dinero. Y pienso recuperarlo de gilipollas como tú.

Sonríó y me doy cuenta, demasiado tarde, de que no debería haberlo hecho. No puedo distinguir bien sus ras-

gos, pero su voz tiene gusanos que caen por el suelo de la oficina, catarata de pequeños y viscosos hijos de puta. Con un gesto pausado saca una varilla del bolso y la abre de un latigazo. Es una porra extensible, y parece saber cómo se maneja. Da un paso hacia delante y yo trato de escabullirme, pero suelta el brazo como una experta domadora. Y me marca. Me fustiga. Noto los golpes una y otra vez. En el brazo, en la espalda, en la cara. Caigo tras la mesa, en calzoncillos, y ella me sigue pegando. Supongo que le sorprende que no grite ni me queje. En realidad, cuando soy un hombre noto muy pocas cosas. Tengo la piel gomosa, muerta, carente de toda sensibilidad. Golpe tras golpe, me retuerzo. Que no duela no significa que no sepa lo que me está haciendo. Una costilla restalla contra el metal al agrietarse. El látigo plateado me hace un surco rojo en la cara al reventarme el labio y partirme la ceja izquierda. Empiezo a sangrar sobre el suelo mientras la mujer sigue a buen ritmo, arriba y abajo, arriba y abajo. Algo me resbala sobre la cara. Es un litro de baba que cae desde su boca desencajada. Me da la impresión de que está excitada sexualmente, de que en cualquier momento va a empezar a tocarse allí mismo, encima de mí, sin dejar de darme la paliza de mi vida.

Espero, espero pacientemente a que se aburra, a que comprenda que no hay nada que hacer allí, que ya estoy muerto, que así solo va conseguir reventarme y liberar la colonia de moscas sarcófago que vive en mi interior, entre el bazo y la vesícula biliar, y llenarme la oficina de insectos carroñeros. Tengo los pantalones al alcance de la mano y trato de agarrarlos. Qué sucio está el suelo. Además de la sangre que ahora empapa los azulejos, hago recuento de papeles arrugados, colillas, clips metálicos, bolas de pelo y una cucaracha que se mantiene a una prudencial distancia de la acción. Hace bien. Al final, agarro los pantalones y me los intento poner, momento en que esa loca cabrona aprovecha para darme en los huevos. Mi cerebro no reac-

ciona, pero alguna parte del cuerpo sí, y me hago un ovillo más lastimero todavía que antes. Cruzamos las miradas; la suya está vidriosa. Tiene la cara empapada en sudor, con el pelo revuelto. Levanta el brazo para arrearme un golpe definitivo y mis ojos huyen hacia el montón de papeles que componen mi manuscrito. Trato de recordar por qué lo dejé, pero casi no retengo nada de aquella época. Solo me da tiempo a pensar una cosa antes de que el impacto de la porra metálica me provoque una conmoción cerebral y todo se vaya a un agradable, pero no definitivo, fundido en negro.

Yo solo quería escribir la historia más triste del mundo.

# La historia más triste del mundo

## I

# El cumpleaños

Cuando María cumplió los quince años, tuvo un regalo inesperado, algo que nunca había sospechado que pudiera tener tan joven. Cáncer. La cara de la doctora Sánchez al comunicárselo a ella y a su tía Ágata era todo un poema. Sin embargo, fue la propia María la que tuvo que consolar a su médica. No importa, le dijo, recogiendo la lágrima que caía por su rostro, no me voy a morir. Lucharé todo lo que pueda. Aquí no se rinde nadie.

Así fue como María comenzó sus quince años de vida, como una mujer valiente que era capaz de afrontar el destino. Cómo no hacerlo, si llevaba haciéndolo desde muy pequeña. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando ella tenía solo seis años. Como solía decir, la edad justa para recordar el momento y también para que los rostros de sus padres cayeran poco a poco en el olvido. Desde entonces vivía en casa de su tía Ágata, que la había acogido y criado como a una hija. Ahora les tocaría enfrentarse juntas a un nuevo reto. Superar el cáncer.

Supongo que muchos habréis visto los anuncios de la tele en los que una mujer vuelve a casa o al cole con un pañuelo rosa en la cabeza, y todo el mundo aplaude, llora y se abraza. Eso es el final de un camino lleno de obstáculos y que no siempre termina de esa manera tan edulcora-